

SE..SEÑOR...LOS
RUSOS HAN AVAN-
ZADO HASTA.....

¡CALLA!

¡TE HE DICHO QUE NO
ME MOLESTES MIENTRAS
LEO "CHORRADA MENSUAL"

Con paridas de:

- Bombi & Charlie
- Gatielón
- Rodolfo Cervigón
- Carmen Membrilla
- Alberto Miguel
- Pepo, el estrafalario

En este número:

- Baldito mastardo
- Las dos caras de la moneda
- Duerme, duerme tranquilo
- La erótica del poder
- Juegos de guerra
- Ráfagas
- y mucho más...



CHORRADA MENSUAL

Nº 3 - SEPTIEMBRE 2014

ESPECIAL BÉLICO

CHORRADA MENSUAL

Una revista completamente distinta a cualquier otra que, realmente, no sea como ésta.

Número 3 – Septiembre de 2014

DIRECTOR:

Eustaquio T-Rex

EDITA:

Charmer Productions

COLABORADORES

(por orden alfabético):

Rodolfo Cervigón

<http://impresionesdefelix.blogspot.com.es/>

Bombi Charmer

<https://www.facebook.com/adrian.gonzalezdeluis/>

Charlie Charmer

<http://charlie-charmer.blogspot.com.es/>

Galielón (portada)

<https://www.facebook.com/galielon.comics?fref=ts>

Kopón de Oro

Carmen Membrilla Olea

<http://elquemadordeesencias.blogspot.com.es/>

Alberto Miguel Gómez

Pepo, el estrafalario

EN ESTE NÚMERO:

Editorial	3
Eustaquio	
Bases Premios Chorra 2014.....	5
<i>Pero, ¿qué haces tú aquí metido, dentro de una explosión nuclear?</i>	6
Bombi & Charlie	
<i>Juegos de guerra.....</i>	7
Guión y dibujos: Pepo, el estrafalario	
<i>Las dos caras de la moneda.....</i>	9
Alberto Miguel	
<i>Operación Haltamti</i>	15
Charlie Charmer	
<i>Ráfagas.....</i>	25
Carmen Membrilla y sus alumnos	
<i>Baldito mastardo.....</i>	26
Bombi Charmer	
<i>La erótica del poder.....</i>	29
Rodolfo Cervigón	
<i>Duerme, duerme tranquilo</i>	36
Bombi & Charlie	
El crucigrama de Kopón de Oro	40

Envíanos tus colaboraciones, críticas o comentarios a: chorradamensual@gmail.com

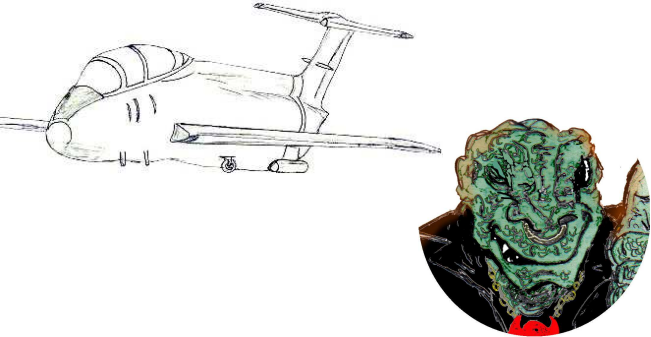
© *Chorrada Mensual* es una revista gratuita y sin ánimo de lucro, cuyo único fin es promocionar a los autores que publica. Las obras que aparecen en *Chorrada Mensual* son propiedad de éstos, únicos responsables de su contenido. La revista no se identifica necesariamente con sus opiniones individuales. Se permite el enlace electrónico a la publicación y las citas sin alterar e indicando el autor y esta revista como fuente.



<https://twitter.com/chorradamensual>



<https://facebook.com/chorradamensual>



EDITORIAL por Eustaquio

Bienvenidos a todos tras el merecido descanso estival. Que conste que nosotros íbamos a sacar un número en agosto, pero resulta que habían cerrado Internet por vacaciones. A falta de red, optamos por colgarlo de la cuerda de la ropa, pero no sólo no lo veía nadie sino que la mitad de las páginas salieron volando y nos hemos pasado todo el mes buscándolas a través de medio mundo: el Caribe, Canarias, Bora Bora... No ha habido manera y nos hemos resignado a escribirlo de nuevo, pero al menos nos hemos puesto morenos (y eso que a un lagarto no le resulta fácil). Aún me parece ver de reojo el avión que nos ha traído de regreso al mundanal ruido (cortesía de Yanin Baz). Bueno, vamos a lo que estamos.

Hace cien años, el 28 de julio de 1914, un atentado ponía fin a la vida del Archiduque de Austria en Sarajevo. Había comenzado la Gran Guerra. Desgraciadamente, hace exactamente 75 años, el 1 de septiembre de 1939 Hitler invadía Polonia obligando a añadir un ordinal a la I Guerra Mundial. Entre ambas, un conflicto local inspiró a Picasso el cuadro más famoso del siglo XX. Pero las guerras no son cosa del pasado; basta con ver cualquier telediario. Hace menos de veinte años, la citada Sarajevo volvía a arder bajo las bombas. Mientras escribo estas líneas, Israel está bombardeando a civiles en Palestina: pertenecen a ese porcentaje de niños maltratados que acaban siendo maltratadores; y en el patio, los demás niños miran hacia otro lado para evitar meterse en problemas.

La guerra fue el primer fenómeno que se globalizó y los avances de la técnica la han hecho tan peligrosa que podría acabar con todo el planeta o aniquilar cualquier forma de vida y dejarlo completamente desierto; seguramente, el potencial desarrollado puede alterar el equilibrio de toda la galaxia. Así de listos somos los humanos. De hecho, durante décadas nos asustaron con la destrucción total que acompañaría a la III Guerra Mundial. Hoy las grandes (pre)potencias justifican sus excursiones expansionistas con la excusa del terrorismo internacional... como si no fuera precisamente ése el mecanismo que ponen en marcha cada vez que despliegan sus arsenales sobre terrenos que tienen la desgracia del albergar algún tipo de tesoro en su subsuelo.

Resulta duro vivir con la cotidianeidad de un fenómeno que hace aflorar lo peor del ser humano. Precisamente por eso, más que nunca, es necesaria la ficción que conduce a la catarsis para proteger nuestra salud mental de la paranoia y la neurastenia. Bien pensado, este número de *Chorrada Mensual* debería venderse, al menos, a 80 ó 100 €, pues equivale a una buena sesión (o más) de terapia. Pero, fieles a nuestro ideario, hemos decidido seguir ofreciéndolo altruistamente de modo gratuito. Donde otros destruyen, a nosotros nos llena construir.

Como veréis, hemos confeccionado nuestra querida *Chorrada* con historias duras y otras más amables. La sátira puede ser mordaz o sutil y no siempre es necesario sacar todo el armamento para defenderse. Como dice el aforismo militar, las tiendas de campaña se protegen con mosquiteras: *Si vis pacem para bellum*. O sea, “si avispa, acampar a velo”. Cualquiera sargento chusquero ha estudiado suficiente latín para traducirlo. Total, las guerras no son para tanto. Sí, bueno, algo de daño han hecho, pero... ¿y los Guerras? Mucho más, afirmo. Miren a Juan Guerra, el hermanísimo del vicepresidente que supuso el comienzo del fin del *felipismo*, si es que se puede pronunciar aún tal vocablo tras el último relevo en la corona. O aún peor, a Juan Luis Guerra, que puso a todo el país al borde de la pandemia elevando los niveles de bilirrubina. Claro que, si se trata de hacer subir la fiebre, es un aprendiz al lado de Vida Guerra... ¿No la conocen? ¿Y para qué inventaron Google? Como decían los muchachos de Coz, “*Las chicas son guerreras*”.

En esta ocasión, a nuestros colaboradores habituales se han unido Pepo “el estrafalario”, un viejo amigo algo calavera, don Rodolfo Cervigón (me huelo que, como el anterior personaje, tiene algo de camaleón), que muestra del modo más lúdico lo absurda que resulta la exclusión en un mundo globalizado, y la profesora Carmen Membrilla, que nos trae una auténtica declaración de paz realizada hace algunos años con sus alumnos.

No querría despedirme sin antes agradecerlos a todos vuestra cálida acogida: el pasado 9 de julio, cuando lanzamos el número 2 y empezamos a preparar el presente, le echamos un ojo a las estadísticas de lo que habían dado de sí los 17 días transcurridos desde que el 22 de junio presentáramos al mundo nuestra sin par –hasta el nº 2, claro– *Chorrada*: la gran mayoría nos leéis en España, pero muchos lo hacéis también desde México –de donde recibimos, por cierto, la primera colaboración que publicamos–, USA, Argentina, Italia y, en menor grado, Brasil, Colombia, Francia o... ¡Corea del Sur! Lo que no es sino una demostración más de que podemos utilizar nuestro potencial a lo ancho del globo para promover la creatividad y el buen rollo, en lugar de la destrucción. De manera que no nos queda más que decir: muchas gracias, thanks a lot, grazie mille, muito obrigado, merci beaucoup y, por supuesto, 대단히 감사합니다*

Eustaquio T.Rex

* N.del E.: después de escribir estas líneas y hasta el momento de la publicación del presente número, las cifras del último párrafo han estado bailando al son de un inaudito merengue planetario y debemos ampliar nuestro agradecimiento a cuantos nos habéis visitado desde El Salvador, Panamá, Costa Rica, Paraguay, Perú, Venezuela, Bolivia, Chile, Andorra, Holanda (Dank je wel) o... Japón (どうもありがとう).



Después de comprobar el triste panorama al que se enfrenta el sufrido escritor hispano que, añadiendo los minutos de la cena, la siesta o el desayuno, lucha por darse a conocer en el cada vez más hermético y sesgado mundillo editorial actual, desde esta revista hemos tenido a bien aprobar una iniciativa que, esperamos, contribuya a dar a conocer lo más granado del sinsentido literario y la estulticia narrativa.

Nunca más la falta de medios será un obstáculo a la creatividad. Sí, porque, después de ver cómo en una publicación tan humilde como ésta tiramos la casa por la ventana, nadie volverá a dudar que para hacer un milagro así posible, no hay más que proponérselo.

Por todo lo antedicho, tengo el honor de presentarles la primera edición de los:



PREMIOS CHORRA 2014

BASES

1. Las obras no tendrán mínimo, pero sí un máximo de 374857658694848 palabras.
2. Se premiará el relato más disparatado y con menos sentido posible.
3. Tendrán un mínimo de cinco páginas. De las cinco esperamos que, al menos, dos tengan contenido.
4. Cada participante puede presentar un máximo de 346 relatos. En cuanto se supere dicha cifra, se procederá a devolverlos al remitente acompañando hirientes comentarios o se pondrá la oportuna denuncia en comisaría por acoso literario, a elección de la organización.
5. El premio consistirá en una lata de Mahou vacía (y aplastada para que coja en el sobre) y con el nombre del ganador impreso con rotulador de CDs.
6. Los gastos de envío se cargarán al ganador.
7. El jurado estará compuesto por reconocidos expertos en el mundo de las letras (todos ellos tienen, al menos, quince o veinte pendientes de pago).
8. La admisión de relatos se cerrará la primera noche en que la Luna, en cuarto menguante, cruce las Hyades, con Urano estacionario, siempre y cuando del autobús nocturno que para frente a la redacción de la revista se bajen al menos dos viejecitas de más de noventa años.
9. La presentación de las obras lleva implícito el completo desacuerdo con la totalidad o, al menos, buena parte de estas bases, lo cual, dicho sea de paso, no será motivo alguno de impugnación al estar recogido en las propias bases.

Las presentes bases se han aprobado ante notario¹ y se han depositado en el oportuno colegio².

¹ Concretamente, en un bar que hay enfrente del despacho de uno de los más conocidos de Madrid.

² En el que, dicho sea de paso, estudiaron de pequeños los redactores.

PERO... ¿QUÉ HACES TÚ AQUÍ, METIDO DENTRO DE UNA EXPLOSIÓN NUCLEAR?

Por Bombi & Charlie

No debí tomar anoche tanto vodka con el té
Pues me zumban los oídos y cantan ópera mis pies
Una silueta extraña parece acercarse a mí
Entre el humo, creo oírle decir:

Pero... ¿qué haces tú aquí, metido dentro de una explosión nuclear?

Pero... ¿qué haces tú aquí metido?

¡Gilipollas, te vas a quemar!

Al oírle, de repente, me entran ganas de reír
Deben ser los inocentes y éste me la quiere dar
¿dónde tengo el monigote? ¿en qué canal voy a salir?
Y va el menda, y me vuelve a repetir:

Pero... ¿qué haces tú aquí, metido dentro de una explosión nuclear?

Pero... ¿qué haces tú aquí metido?

¡Gilipollas, te vas a quemar!

¡A este tío me lo cargo! ¡Ya me está tocando algo!
Cuando intento estrangularle, no me puedo levantar
Miré hacia la ventana y un reflejo me asustó:
¡qué cojones! ¡no puedo ser yo!

Pero... ¿qué hago yo aquí, metido dentro de una explosión nuclear?

Pero... ¿qué hago yo aquí metido?

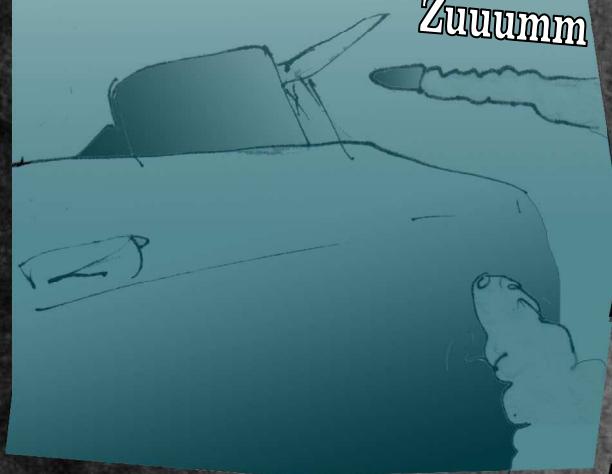
¡Gilipollas, me voy a quemar!

Juegos de Guerra

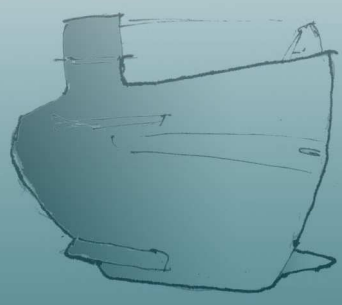
"F-8... ¡AGUA!"

¡UN TORPEDO! ¡NOS ATACAN!

Zuuuumm



¡UFFF! HA IDO DE UN PELO, CAPITÁN

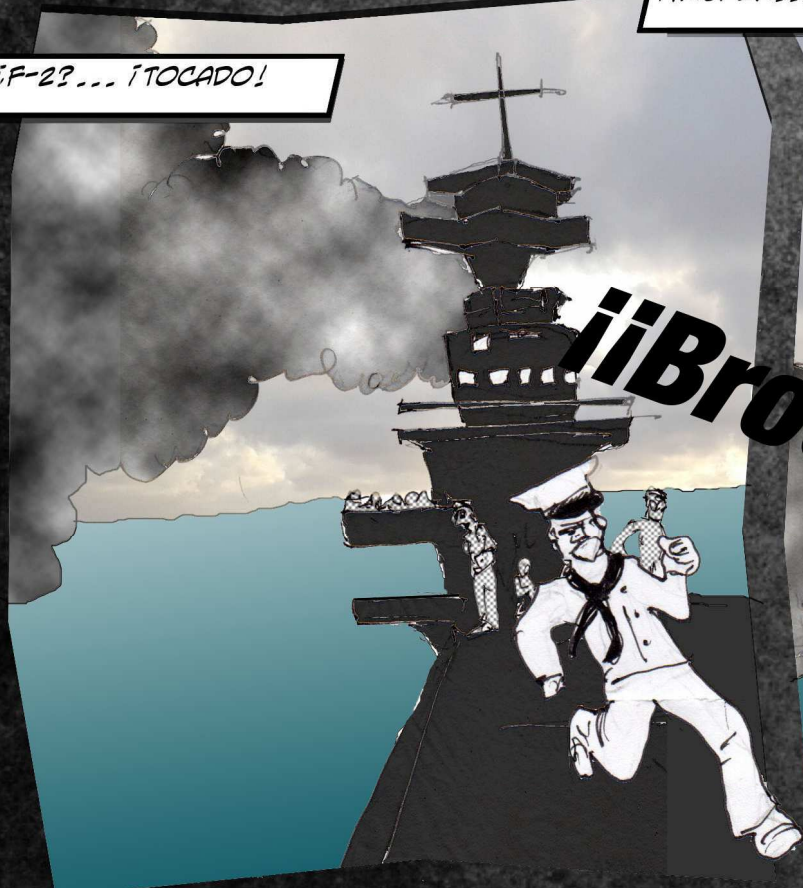


¡HUMM! VEAMOS...
¡F-2!

¡AJAJ! ¡F-3!

¡MIERDA...! ¡TOCADO!

¿F-2? ... ¡TOCADO!



¡Broom!!!



¡VAYA, AL FIN TE PILLÉ EL PORTAAVIONES!

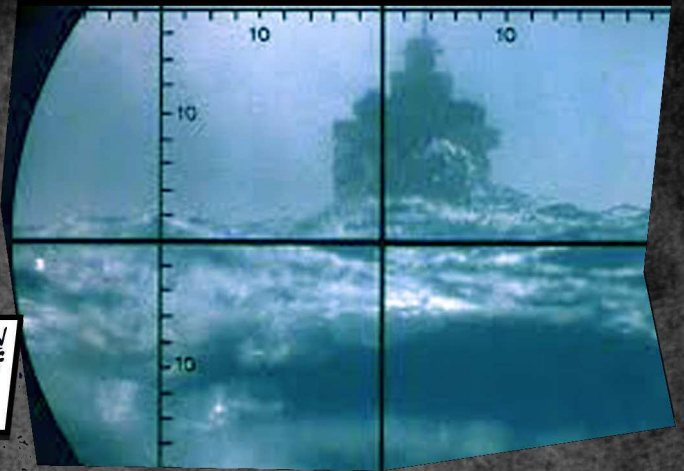
¡F-4! TOCADO
¡F-5! HUNDIDO

¡Bummm!

¡Craack!

¡SÓLO TE QUEDA UN
HUECO! AHORA YA SE
DONDE TIENES EL
SUBMARINO...

¡CAPITÁN, AHÍ
VIENEN OTRA
VEZ!



¡NO HAY
ESCAPATORIA!

CABALLEROS:
HA SIDO UN
HONOR COMBATIR
JUNTO A
USTEDES

¡NIÑOS!
¡A LA MESA!
LA CENA ESTÁ
LISTA...

¡JO, NO
HAY DERECHO!
¡YA TE HABÍA
CAZADO!

¡AH, SE
SIENTE! DIJIMOS
"HASTA QUE NOS
LLAMEN A
CENAR"...

¿QUÉ HA
PASADO, MI
CAPITÁN?

NO TENGO LA MENOR
IDEA, PERO NO VAMOS A
QUEDARNOS A
AVERIGUARLO.
¡TIMONEL, AVANTE
TODA!

LAS DOS CARAS DE LA MONEDA

Por Alberto Miguel Gómez



Explosiones. Disparos. Gritos. La histeria se había apoderado de la ciudad. Cuatro regimientos alemanes habían cruzado la frontera franco-alemana en la ciudad de Colmar. Se había declarado la guerra. Los soldados alemanes habían penetrado brutalmente en el país, y los franceses no estaban preparados para repelerlos. El ejército invasor había puesto en práctica una eficaz táctica que consistía en una maniobra envolvente. Dos regimientos cubrían las salidas de los dos flancos de la ciudad, otros cuatro entraban frontalmente y un último vigilaba la única salida posible para aniquilar a todos los franceses que escaparan por allí. La toma de la ciudad estaba prevista para realizarse en pocas horas, para continuar rápidamente hacia el Noroeste y alcanzar París en pocas semanas. Los habitantes de Colmar huían en dirección a las salidas de la ciudad. Era imposible defenderse, pues era notoria la extremada carencia de armamento militar. Los alemanes estaban aniquilando a muchos de los que huían. No había esperanza.

Mathieu estaba solo. Era alto, corpulento pero ágil. Su cara estaba surcada por una barba marrón; cejas pobladas; pelo oscuro, frondoso y despeinado; nariz aguileña, y ojos pequeños y verdes. Era profesor en la Université de Haute-Alsace, estaba casado y era padre de dos hijos. Se encontraba estudiando en su casa cuando explotó una bomba

a pocos metros y la casa se derrumbó. Rápidamente se refugió debajo de una mesa, pero la inseguridad que proporcionaba le obligó a correr y salir de allí, no sin antes recibir fuertes golpes de los escombros que salían disparados. Consiguió salir magullado y sangrando, cuando vio a los regimientos alemanes. Su instinto le obligó a correr, escapando del peligro, pero vio que no había salida. Estaban completamente rodeados. Se alejó hacia los bosques que había en la zona; al menos allí encontraría un escondite provisional. En el camino intentó coger la mayor cantidad de víveres que pudo, arrebatándolos de los comercios que aún quedaban en pie. Llegó a los bosques y se escondió entre los árboles mientras lloraba desconsolado al ver el genocidio que se estaba realizando con su pueblo.

La toma de la ciudad se finalizó más rápido de lo previsto. De los siete regimientos que la habían llevado a cabo, seis siguieron hacia el noroeste y sólo uno se quedaba en espera de refuerzos procedentes de Alemania. Los soldados estaban inspeccionando la ciudad en busca de posibles supervivientes que se hubiesen librado de la “bolsa” alemana. Mathieu conseguía evitarlos, pero sabía que quedarse allí no era seguro. Además, había otra razón que le preocupaba aún más: ¿dónde estaba su familia? Su esposa y sus hijos se habían ido a visitar Estrasburgo unos días, y todavía no habían regresado. ¿Estarían vivos? ¿Habrían sobrevivido a los ataques alemanes? Debía buscarlos, pero sabía que era muy peligroso ir al norte, pues allí estarían los alemanes. Lo más seguro sería viajar al sur, pero no podía abandonar a su familia. Entonces, la luz de la linterna de un soldado alemán le deslumbró, y el soldado empezó a perseguirle.

Mannheim estaba siendo atacada por los franceses. Éstos, alarmados por la toma de Colmar y la rápida progresión en tierras francesas de los alemanes, intentaron lanzar una contraofensiva atacando la ciudad de Mannheim. El Gobierno alemán reaccionó pronto y mandó tropas a defender la ciudad. Las calles se habían convertido en trincheras improvisadas, usando mesas y estanterías como zonas para cubrirse. Las plazas eran campos de batalla pintados de sangre y cubiertos de cuerpos sin vida, mientras en las calles que conectaban con ellas se escondían los soldados dispuestos a salir y matar al mayor número de enemigos. Ninguno de los dos ejércitos intentaba escapar. Aunque los alemanes eran inferiores en número, habían infligido numerosas bajas a los franceses y estaban bien atrincherados, resistiendo de un modo inhumano. Llevaban horas sin descanso y no retrocedían.

Hartwig y su compañía se encontraban atrincherados en una de las calles principales de la ciudad, con pocas provisiones y sin mucha esperanza de resistir mucho más tiempo. Aunque habían reducido considerablemente el personal del batallón contra el que se enfrentaban, de los doscientos cincuenta soldados que dirigía Hartwig sólo seguían en pie treinta y dos, mientras que los franceses eran aún ochenta y cuatro. Una granada sobrevoló la trinchera alemana, cayendo en su interior. Hartwig saltó rápidamente, alejándose de la granada. Explotó y con ello mató a dos soldados más. Entonces, tomó una granada, la lanzó hacia la trinchera enemiga y corrió detrás de ella. Si había que sacrificarse para aniquilar a los franceses, lo haría. La granada explotó, alertando a los franceses, cuyo desconcierto temporal aprovechó Hartwig para eliminar a unos pocos. Se escondió, pues sabía que ya había gastado el ínfimo tiempo que tenía.

Entonces lo vio. Un enorme tanque se acercaba lentamente hacia la trinchera alemana. Lanzó un proyectil, aniquilando a todos cuantos quedaban vivos. Los soldados franceses saltaron la trinchera y siguieron atacando a los alemanes. Hartwig escapó corriendo. Sabía que representaba un acto de cobardía, pero también de supervivencia, y en aquellos momentos prefería vivir que ser valiente. Corrió, fusil en mano y provisiones en la mochila que transportaba, intentando escapar, pues sabía que, con tanques, la victoria francesa estaba asegurada. Mientras corría se topó con soldados enemigos, que reaccionaron pronto y comenzaron a dispararle. Hartwig se refugió tras la esquina de un edificio, reflexionando sobre qué hacer. Él sólo no podría con todos, pero no había otra vía de escape. Aun así tenía una oportunidad: todavía poseía granadas, y podía poner en práctica la táctica que había usado antes. Lanzó una y corrió tras ella. Ésta eliminó a unos cuantos, mientras Hartwig mató al resto. Debía salir de la ciudad si quería sobrevivir.

El soldado alemán corría velozmente. Había avistado al francés, y corría desesperadamente para alcanzarle. Éste era rápido, después de todo. Pero le atraparía. Cogió su fusil y apuntó. El gabacho se dio cuenta y rápidamente cambió de dirección. Entonces le perdió de vista. Maldita sea, pensó. Avanzó lentamente con el fusil dispuesto a disparar. Le tenía acorralado. Oyó un ruido. Era el crujir de una rama de árbol. Se giró instantáneamente. Entonces algo se abalanzó sobre él por detrás. Cayó al suelo. Consiguió darse la vuelta y se encontró encima al condenado gabacho. Forcejeó con él. Se percató de que el fusil se encontraba a su lado. Debía cogerlo. Le dio un puñetazo al gabacho, le empujó

para quitárselo de encima y cogió el fusil. Se levantó e impidió al francés hacerlo. Éste estaba suplicando piedad. Le provocaba risa.

Mathieu estaba aterrorizado. Tenía al alemán apuntándole con el fusil y no tenía opciones para escapar. El alemán sonreía, satisfecho. Entonces Mathieu intentó desesperadamente librarse de él. Le dio una patada en su pierna derecha, provocando que se cayese. Estando en el suelo el francés le pegó un puñetazo y le dejó inconsciente. Corrió. Tenía que huir. Atravesó la arboleda que se presentaba delante de él; el único obstáculo antes de poder franquear la salida de la ciudad. Al llegar a los extramuros de la ciudad, estaba fatigado. Le costaba respirar debido al gran esfuerzo que había hecho desde el derrumbamiento de su casa. Necesitaba descansar, pero el peligro constante que suponían los alemanes se lo impedía. Su próxima parada era Estrasburgo. Debía encontrar a su familia.

Hartwig corría lo más rápido que podía. Los franceses habían tomado la ciudad. Ahora sólo era sangre, cuerpos sin vida, escombros y humo. Habían arrasado. Supo que debía esperar la reacción del enemigo. Parecía que esta guerra se prolongaría durante años. Intentaba encontrar un destino adonde ir, pero no se podía parar a pensarlo. Debía volver con su Ejército. Se vengaría de esos atrevidos gabachos. Se arrepentirían de luchar contra los alemanes. Además, ya sabía cuál era el próximo objetivo de su Ejército: Estrasburgo. Poseía la certeza de que esa batalla en la frontera franco-alemana sería la que decidiría quién vencería esta guerra. Entonces Hartwig corrió con renovadas fuerzas. Su venganza estaba cerca.

Estrasburgo. Los dos Ejércitos se disponían a cada lado de la ciudad. Aviones de ambos bandos sobrevolaban las calles bombardeando las franjas enemigas. Los soldados disparaban en el campo de batalla, intentando matar a los enemigos que pudiesen antes de morir. La lucha era cruel y sin piedad. Los tanques se abrían paso aniquilando a los enemigos. Los franceses tenían cinco regimientos, mientras los alemanes tenían cuatro regimientos y dos batallones. Las calles se habían convertido en correderos de la muerte; las plazas, en mataderos; y el río se teñía de rojo sangre. Los soldados invadían los edificios, consiguiendo una inmejorable posición para los francotiradores. Las balas silbaban y las bombas resonaban fuertemente. El territorio que conquistaban unos, al poco tiempo lo recuperaban otros. La lucha estaba muy igualada.

Mathieu había conseguido llegar a la ciudad, consiguiendo refugiarse en uno de los edificios de la zona francesa. Preguntaba a todo el mundo si sabían dónde estaba su familia, pero nadie supo responder. Entonces un niño dijo que les había visto en otro edificio de la zona. Le indicó cuál era e inmediatamente corrió hacia él. Estaba cerca del edificio cuando cerca estalló una granada y los alemanes traspasaron la trinchera.

Hartwig había recorrido a pie la distancia que separaba Mannheim y Estrasburgo. Había hablado con el coronel para que aprobase su reinserción en el Ejército alemán. Éste le había colocado en el Regimiento Mannheim, compuesto por los supervivientes de la batalla de la ciudad. Llevaban varios minutos aguardando pacientemente hasta que un soldado arrojó una granada a la trinchera enemiga y comenzó el asalto. Saltaron las trincheras y cruzaron la estrecha franja que separaban a ambos bandos. Penetraron en la zona francesa, pillando desprevenido al enemigo, lo que facilitó su eliminación. Hartwig se encontraba allí cuando divisó a un gabacho huyendo. Le persiguió hasta alcanzarle y derrumbarle de un golpe. Le apuntaba. El francés le miraba asustado. No llevaba uniforme ni fusil que lo identificara como soldado enemigo. Probablemente formaría parte del vulgo que depositaba sus esperanzas en soldados extasiados y sin fuerzas. Qué más daba, pensó. Sólo era un gabacho más. Iba a disparar cuando el francés dijo algo en un alemán decente.

- Tenga piedad, se lo ruego, tenga piedad. Busco a mi familia. Le prometo que no le haré daño. Sólo quiero encontrar a mi familia y largarme de aquí. Por favor.
- Cállate.
- No soy soldado, soy un humilde profesor. No tengo ni idea de cómo funciona un arma.
- Nombre.
- Mathieu.
- Está bien, Mathieu. Su familia probablemente esté muerta, y usted lo sabe.
- Déjeme comprobarlo entonces.

Hartwig no sabía qué hacer. Debía matarle, pero ver ese sufrimiento, esa desesperación en sus ojos le impedía hacerlo. Tal vez, pensó, todos merecían tener familia, incluso los gabachos. Sabía que si este hecho se difundía sería inmediatamente expulsado

del Ejército por prestar ayuda al enemigo, pero su conciencia le animaba a hacerlo. Al final, le dejó ir.

Mathieu, sorprendido por la actitud del alemán pero desesperado por encontrar a su familia, corrió hacia el edificio. Le condujeron hasta la habitación. Estaba emocionado. Abrió la puerta y contempló con lágrimas inundando sus ojos a su mujer y a sus hijos. Les abrazó en unos momentos que parecieron eternos. El cálido abrazo familiar devolvió a Mathieu las fuerzas y la esperanza de salir de allí. Bajaron rápidamente hacia donde se encontraba el alemán. Mathieu decidió depositar su confianza en él en estos momentos tan turbios. El alemán les condujo hacia los bosques donde podrían salir tranquilamente. Iba todo a la perfección cuando un grupo de alemanes percibió la traición de Hartwig. Comenzaron a dispararle, intentando detenerles.

- Sigán, no se detengan hasta salir de la ciudad –ordenó Hartwig.
- Pero te matarán –respondió Mathieu.
- No se preocupen por mí. ¡Ahora váyanse!

Mathieu y su familia se fueron corriendo y no volvieron la cabeza atrás en ningún momento. No volverían a Estrasburgo nunca.

Hartwig sabía que estaba en sus últimos alientos. Había ayudado al gabacho, pero las consecuencias habían sido peores de las que imaginaba. Ahora se estaba sacrificando por el francés. Las balas silbaban por encima de su cabeza. No había salida. Apuntó con el fusil y consiguió dar a uno, pero mientras lo hacía recibió una bala en el hombro. Se derrumbó. El hombro ardía de dolor. Era insufrible. Sentía la bala abriéndose paso por el tejido muscular, cada vez hiriéndole más. Se estaba desangrando. La sangre chorreaba a borbotones, creando un amplio charco rojizo a su alrededor. No podía levantarse. Era su fin. Se había sacrificado por ayudar a Mathieu. Y entonces sintió una paz que recorría todas las partes de su cuerpo. Se sentía feliz. Iba a morir por una buena causa. A los pocos minutos murió, decorando su cara con una amplia sonrisa de satisfacción.

OPERACIÓN HALTAMTI

Charlie Charmer



SEGUNDA PARTE

El Teniente Ja'fari se había mostrado reacio a dejar a Silhak en manos del Profesor Al-Biruni, pero ordenó a su sicario no ponerle la mano encima hasta que el General Dattamo tomara la decisión que estimara oportuna. Poco después del interrogatorio, un soldado acudió a buscar al profesor a su tienda para conducirlo hasta la de los oficiales.

- ¡Ah, profesor Al-Biruni! Le estaba esperando.
- Buenas tardes, General... ¿ha decidido ya la suerte del prisionero?
- No, no es por eso. Ahora lo hablamos, si quiere. Verá, acabamos de recibir un mensaje de radio de la patrulla que enviamos a Palestina la víspera del lanzamiento, pero las noticias no son tan buenas como las que nos han llegado de los agentes destacados en el Valle del Indo.
- ¿Qué ha sucedido?
- Al parecer, Jerusalén sigue en pie. Por lo visto, hasta ahora el profesor Berberian no ha podido darse cuenta de que la corteza terrestre no se ha esta-

do quieta durante estos casi 4.000 años y ni nuestras coordenadas son exactamente las previstas, ni tampoco las de Jerusalén. Nos hemos desviado algo más de 25 kilómetros. No se imagina lo que echo de menos mi GPS, aunque ya sé que aquí, sin satélites, no serviría de nada. Aún no entiendo cómo hemos acertado en el Indo, supongo que nos habremos movido paralelamente a ellos. Si no he arrestado ya a Berberian es porque le necesito para recalcular el último lanzamiento.

Oír la amenaza que pendía sobre el eminente geólogo puso algo nervioso al Profesor Al-Biruni, pero lo que de verdad le inquietaba eran ese último ataque y los daños colaterales que ya habían causado.

- ¿Dónde... dónde han caído las bombas? ¿y cuál es el último objetivo?
- ¡Teniente...! ¡Teniente Ja'fari!
- Sí, señor.
- ¿Cómo dijo Rashid que se llamaban las aldeas que hemos bombardeado?
- Amorah y Sidom... o Selom, creo recordar, señor.
- Amorah y Sidom... -repetió Abdelaziz como un sortilegio.
- Ahí tiene su respuesta, profesor. En cuanto a su otra pregunta, obviamente el último imperio que queda en Oriente Medio es el egipcio. Aunque también tenemos un misil especialmente reservado a Pella. Está justo en el límite de nuestro alcance.
- ¿Pella...? ¿Pella de Macedonia...? ¡Ah, ya entiendo! La cuna de Alejandro Magno, el conquistador del Imperio Persa. Pero faltan 1.500 años para eso, en ese paraje aún no debe existir ciudad alguna.
- Y nosotros nos encargaremos de que a nadie le apetezca edificarla jamás.

El historiador concluyó que, definitivamente, el General se había vuelto loco. Las consecuencias de sus imprudencias eran imprevisibles. ¿No tenía suficiente con el Valle del Indo –pensó, recordando cierta discusión que mantuvo en la Universidad con un colega sobre algunos pasajes del *Mahabharata* que parecían describir explosiones atómicas- y las ciudades que ya habían eliminado por equivocación? “Sedom y Amorah”, volvió a repetir y, de pronto, completó el puzzle:

- Ya sé dónde han caído los misiles de Palestina...

- Le escucho.
- Sedom y Amorah no son sino Sodoma y Gomorra. Según la *Biblia*, Jehová hizo llover fuego y azufre para castigar la iniquidad de sus habitantes, exterminando todo tipo de vida sobre la llanura.
- Conozco la historia... la estatua de sal y todo eso. Aunque el *Corán* no habla de fuego y azufre sino que, al referirse a la destrucción de la ciudad de Lot, dice y corríjame si me equivoco: “la volvimos de arriba abajo e hicimos llover sobre ella piedras de arcilla a montones”. Está claro que se trató de un volcán y un terremoto. De modo que Amorah y Sedom deben ser *otras* ciudades...
- ¿Y sabía también que en el centro de Mohenjo-Daro o Harappa hay una especie de cráteres de unos 45 metros de diámetro en los que las rocas están fundidas y el terreno parece haberse cristalizado? ¿y que en los restos humanos encontrados se han detectado altos niveles de radioactividad?
- ¿Qué me quiere decir, profesor?
- ¿Es que no lo entiende? Es la Historia, que nos está enviando un mensaje.
- ¿Un mensaje? ¿qué mensaje?
- Que no debemos seguir adelante, que hay una línea que no debemos sobrepasar. Todo esto no es más que una locura.
- ¿Y qué propone usted? ¿Que abortemos, que olvidemos la misión y pasemos el resto de nuestra vida conduciendo ovejas por el desierto? ¿Para eso hemos venido aquí? Además, profesor... parece usted ignorar que esos libros de Historia que cuentan la destrucción de esas ciudades ya estaban escritos antes de que viniéramos aquí... ¿Qué tiene que decir a eso?
- La verdad, general, es que no tengo respuestas que ofrecerle. No entiendo qué está sucediendo. Pero puedo captar con nitidez el mensaje de los siglos...
- Pues trasládemelo. Para eso le hemos traído.
- Antes de seguir, deberíamos estudiar con detenimiento lo que ha sucedido. Puede que no hayamos cambiado nada aún y se nos está dando una segunda oportunidad para recapacitar. Y, tal vez, puede que sí lo hayamos hecho y hemos nacido contemplando sus resultados, por lo que deberíamos inves-

tigar si nuestros cambios han seguido la dirección deseada. Aún estamos a tiempo. Por favor, le ruego que recapacite...

- He enviado a Rashid a realizar algunas comprobaciones en Macedonia antes del lanzamiento. Aunque sabe que con la gasolina que transporta en los depósitos es muy posible que no pueda regresar, no ha planteado ninguna queja. Tome ejemplo de él. Tiene hasta que llegue su informe para investigar cuanto desee.
- ¿Y el prisionero?
- Si cree que le puede ser útil, lléveselo. Pero no le quite ojo y manténgalo esposado al mástil de su tienda. Le hago personalmente responsable de su posible fuga.

Bien entrada la madrugada, sólo los centinelas de guardia y Abdelaziz Al-Biruni permanecían despiertos. Apoyado contra el poste al que permanecía unido siguiendo las indicaciones del General Datamo, cuyos hombres habían entrado varias veces sin avisar con las excusas más disparatadas para comprobar que se obedecían sus órdenes, Silhak había acabado también rindiéndose al sueño hacía un buen rato. Aún era bastante escéptico respecto a las verdaderas intenciones del profesor, aunque le estaba agradecido por haberle rescatado de las garras de su verdugo. Tal vez al día siguiente tendrían ocasión de profundizar un poco más en su relación. Pero el Profesor Al-Biruni sabía que, para entonces, a lo mejor ya era demasiado tarde.

Revisando sus viejos manuales, no podía dejar de pensar en la devastación del Valle del Indo y lo que aún podían provocar en Egipto o Grecia. Su único consuelo era que, hasta ese momento, dado que no podían regresar y, aparentemente, no habían cambiado aún la materia a cuyo estudio tantos años había dedicado, quienes les habían enviado nunca sabrían lo que había sucedido y, simplemente, pensarían que la operación había fracasado, descartando nuevas experiencias que, por otra parte, era bastante complicado repetir dada la elevada inestabilidad de la falla temporal que habían descubierto a raíz de los experimentos secretos que su país había iniciado cuando pudo desarrollar su propio acelerador de partículas. Por eso, debía convencer como fuese al General Datamo para que desistiera de su objetivo. Si lograban alterar el *status quo* de Oriente Medio, su éxito podía provocar nuevos experimentos en el futuro, impulsados por los intereses y

caprichos de los mandatarios que ocuparan el poder en cada momento. Y si los espías trasladaban esa información al extranjero, el peligro se multiplicaba por tantos intereses nacionales, religiosos, comerciales y financieros como había en el mundo...

Pero tal vez estaba en un error. Quizá el daño ya estaba hecho y no había forma de arreglarlo. Si habían terminado con algunos de los pueblos más avanzados y pacíficos de la Antigüedad, que podrían haber exportado su progreso a sus vecinos y, tal vez, a todo el mundo conocido si los libros de Historia no hubieran sido escritos como él conocía, quizá el devenir de la humanidad había estado siempre envuelto en guerras e incluso muchos desastres naturales se debían a cuanto acababan de hacer. En la *Biblia*, que había citado horas antes ante el General Datamo, la transgresión de Adán y Eva hizo que Dios castigara a toda su descendencia. Pero el Islam rechazaba esa visión. El *Corán* lo dejaba claro: “Nadie cargará con la culpa ajena”. Sin embargo, ahora el Profesor Al-Biruni sabía que sí existió el *pecado original*. Era el que ellos acababan de cometer, condenando a la humanidad por los siglos de los siglos.

Un ruido entre la hojarasca le distrajo de sus pensamientos. Su tienda estaba algo alejada del conjunto central del campamento, en el extremo oriental. Se asomó de soslayo y le pareció ver una figura entre los árboles que corría a reunirse con otras ocultas entre la maleza. Sin pensarlo dos veces, se dirigió hacia Silhak y le agitó hasta despertarlo. Aún medio aturdido, el pastor pudo ver cómo el profesor se dirigía al escritorio para regresar con un objeto punzante y pensó que se había cansado de jugar con él.

- ¡No me mate, por favor! Le veneraré y sacrificaré un cordero en su honor cada luna llena...
- ¿Qué tonterías está diciendo? ¿No le he dicho que no soy ningún dios?

Algo molesto por aquella simpleza, que no esperaba del joven tal como había reaccionado en su primer encuentro, el profesor cortó la unión de las esposas con un cutter y se acercó a la entrada de la tienda para comprobar si había centinelas en los alrededores. Después tomó un volumen de una enciclopedia de la estantería y volvió junto al estupefacto cabrero, que estaba terminando de liberar sus muñecas con la herramienta que el profesor había abandonado a sus pies.

- Debe irse ya. Sus compañeros están ahí fuera, entre el follaje. Ahora no hay vigilancia, pero no podemos perder más tiempo, es posible que se acerque algún centinela en su ronda.
- ¿Por... por qué hace esto?
- Traté de explicarle que habíamos venido a ayudarles pero no me convencía cómo lo estábamos haciendo. Ahora sé lo que debo hacer, pero no hay tiempo de explicaciones. Sólo le voy a pedir que guarde esta imagen –dijo, arrancando una página del libro, algo divertido por haber pensado durante un instante en traducir la palabra *fotografía*-. Cuando todo haya terminado, regrese aquí con alguien de máxima confianza, busquen los objetos que aparecen ahí representados y entiérrenlos en un lugar donde jamás puedan ser encontrados. Luego queme la imagen y trate de olvidar cuanto ha vivido. Es la única opción que tienen de liberarse de nuestro maléfico influjo.
- Yo... así lo haré. Es usted un buen hombre. Me alegro de haberle conocido.
- Lamento que haya tenido que hacerlo.

Al-Biruni echó un último vistazo desde la entrada y entreabrió la lona indicando a Silhak que debía partir inmediatamente. El joven no se lo pensó dos veces y se abalanzó al corazón de la oscuridad mientras se introducía bajo la túnica el papel que le había dado el profesor.

Mientras aquel audaz pastor se reunía con los suyos, el profesor tomó un destornillador y una botella de agua mineral, que vació mientras se dirigía, dando un rodeo para evitar los focos, a la explanada donde estaban estacionados los camiones-tanque de pro-pelente. Tomó una de las muchas latas de gasolina que había apiladas por todas partes cuando oyó los pasos de un centinela, aunque logró deslizarse bajo un vehículo antes de poder ser visto. Abrió el cárter de aceite ayudándose del destornillador y recogió una pequeña cantidad en la botella, mientras el resto le empapaba y encharcaba el suelo. Luego añadió otro tanto de gasolina a la mezcla, introdujo un pañuelo en la embocadura, sacó el mechero y prendió la mecha.

La deflagración alertó al centinela, pero ya era demasiado tarde. En pocos segundos, los camiones saltaron por los aires, iluminando el cielo como si fuera de día, mientras los soldados corrían de un lugar a otro a medio vestir y el General Datamo intentaba poner un poco de orden, aunque la situación estaba totalmente fuera de control.

Los elamitas aprovecharon la confusión para iniciar el ataque desde varios puntos simultáneamente. Aunque sus lanzas y espadas no eran rival contra subfusiles de asalto, jugaban con el factor sorpresa y causaron numerosas bajas antes de que aquellos soldados llegados de otro mundo pudieran reaccionar. Los guardianes del barracón donde Uli y sus compatriotas estaban retenidos ni siquiera vieron llegar las flechas que les cosieron a las paredes. Muchos de los liberados permanecían junto al barracón sin saber qué hacer pero, según salió por la puerta, Uli tomó una espada y se lanzó al combate. El primogénito de Untas trató de convencer a sus libertadores de que debían obedecer y respetar a los dioses pero sus palabras fueron interrumpidas por una ráfaga de metralla y, cuando vio su cadáver ensangrentado en el suelo, el propio Untas tomó la lanza de un soldado elamita y se abalanzó sobre los asesinos de su hijo, atravesando a uno de ellos antes de ser también acribillado.

Cuando el General Datamo ordenó a las fuerzas reagruparse, pudo ver al profesor Al-Biruni entrando precipitadamente en su tienda, como si escondiera algo. Vencida la descoordinación inicial, los soldados lograron hacerse fuertes en torno a las tiendas de los oficiales, desde donde pudieron rechazar sin demasiados problemas la embestida de los ayapirenses, que debieron replegarse en espera de los refuerzos que debían llegar en cualquier momento, pues habían logrado establecer una alianza con otras ciudades de los alrededores. Tras hacer el balance de las numerosas bajas y los escasos efectivos con que contaban, el General Datamo dejó al Teniente Ja'fari al mando y decidió hacer una visita al Profesor Al-Biruni. Cuando irrumpió en su tienda, le encontró terminando de asearse.

- Ha elegido un momento un tanto extraño para cuidar de su higiene, profesor.
- General... No le oí entrar. No quería dejar un cadáver indecoroso si me cogían los elamitas... -se sorprendió a sí mismo con aquella faceta irónica que desconocía poseer.
- ¿Dónde está el prisionero?
- Se ha escapado.
- Sabe que le hice personalmente responsable de su fuga -dijo desenfundando la pistola-. Y ese olor a gasolina delata que no se ha estado dedicando a estudiar sus libros... ¿De qué parte está usted, profesor?

- De parte del sentido común, General.
- Podría haberse negado a venir a la misión y nos habría ahorrado ese trance.
- Debí hacerlo. Aunque ahora me alegro de haber aceptado. Si me hubiera sustituido un compañero más fanático, nadie le habría podido poner sobre aviso del desastre que piensa provocar. ¿Se le ha ocurrido pensar que su triunfo podría inducir al resto de naciones del mundo a la guerra *histórica* en busca de su propia hegemonía, o que los cambios que se produzcan en la nuestra puedan implicar nuevos atentados a la Historia para adaptarla a los caprichos y necesidades de cada nuevo gobernante, como un grifo que se puede abrir cada vez que se quiere beber?
- Ustedes, los intelectuales, creen que todo se soluciona con palabrería. No pueden comprender que el ejército se limita a hacer cumplir las órdenes recibidas. Mire en la Historia y dígame cuándo no ha sido así. No somos más que una herramienta. No es a mí a quien debe intentar convencer de nada, sino a quien le envió aquí.
- Sabe que ya no es posible. Es usted quien toma las decisiones en este tiempo. Y sabe tan bien como yo que el ejército ha decidido a menudo a lo largo de los siglos quién se sentaba en el trono, en muchos casos uno de sus propios miembros.
- Bueno, profesor. Ya es suficiente. En el fondo me caía usted bien. Pero no ha sabido estar a la altura.

Un disparo atravesó el pecho de Abdelaziz Al-Biruni y el otro le perforó el estómago. Mientras se retorció en medio de un enorme charco de sangre en el suelo, el General se dispuso a rematarle, pero se detuvo al oírle musitar algo en su agonía. Hincó una rodilla en el suelo e inclinó la cabeza tratando de entender lo que estaba mascullando. “Sura 17, versículo 15”. Datamo no encontró muy meritoria aquella actitud pía de última hora del catedrático. Apoyó el cañón del arma sobre la sien del moribundo y apretó el gatillo.

Mientras despuntaba el alba, los soldados terminaban de despejar el terreno, enterrar los cadáveres de sus compañeros y organizar los parapetos para intentar defenderse de las hordas elamitas. Poco a poco, un rumor se fue imponiendo desde la espesura y, a los pocos minutos, el rumor se había transformado en estruendo y toda la tierra vibraba. El General Datamo trataba aún de asimilar la información que le había facilitado el vigía: el grueso del Imperio Elamita se dirigía hacia ellos. Los carros de combate colmaban el horizonte hasta donde abarcaba la vista. Al parecer, habían tenido la mala suerte de que se estableciera una tregua en las guerras que les tenían tan ocupados y habían regresado a casa justo a tiempo para abortar sus planes. Con el puñado de hombres que le quedaban no podía hacer frente a semejante amenaza. Iban a ser aniquilados por aquellos a los que habían venido a ayudar. La única opción posible era enviarles un emisario a parlamentar y tratar de convencerles de que tenían un objetivo común. Pero hacía tan sólo unas horas había asesinado a sangre fría a la única persona que podría haberle servido para tal fin.

- Teniente, ¿tiene un *Corán* a mano?
- En la tienda tengo uno, señor. ¿Cree que puede sernos de ayuda en este momento?
- Tráigalo, haga el favor.

Las tropas de Kutir-Nahhunte I habían entrado ya en el campamento cuando el General abrió el libro sagrado. Terminó de leer el mensaje del Profesor Al-Biruni justo antes de comenzar el combate: “Quien sigue la vía recta la sigue, en realidad, en provecho propio, y quien se extravía, se extravía, en realidad, en detrimento propio. Nadie cargará con la carga ajena.”

Algunos días después de la épica batalla en que las tropas de Haltamti vencieron a los demonios, Silhak y Uli volvieron al escenario de la masacre. Los cadáveres de los elamitas habían sido retirados para darles sepultura, pero los de los monstruos que habían pretendido someterles estaban siendo devorados por los buitres. Un amasijo de hierros ocupaba el lugar donde antes hubo lanzaderas y cohetes, los barracones y las tiendas habían sido reducidas a cenizas, y una masa informe sostenía los esqueletos car-

bonizados de los vehículos incendiados por el Profesor Al-Biruni. Silhak sacó el papel que éste le había dado y volvió a observar la fotografía, pero no pudo encontrar nada parecido entre los restos del desastre. Tras varias horas de infructuosa búsqueda, Uli le llamó desde un extremo del campamento. Había descubierto un búnker camuflado entre la maleza y semienterrado. Su yerno acudió inmediatamente. El interior estaba inmerso en la oscuridad, pero podía distinguir una serie de objetos apilados ordenadamente en el interior. Era un almacén, no cabía duda. Le dejó la fotografía a Uli y entró en el escondrijo. Al rato salió con uno de aquellos extraños objetos y se lo mostró a su suegro. Los habían encontrado.

Terminaron de cavar al atardecer. Aunque no era necesario un agujero muy ancho, sí querían que fuera lo suficientemente profundo como para que nunca pudieran ser encontrados. Con mucho cuidado, los depositaron en el fondo uno a uno y después taparon la zanja y plantaron semillas en la superficie y por los alrededores. La temporada de lluvia estaba a punto de empezar y pronto toda la zona se cubriría de verde. Por último, encendieron una hoguera y arrojaron el papel a su interior. Mientras las llamas lo devoraban, Silhak recordó la última instrucción del Profesor Al-Biruni y, dirigiéndose a Uli como si nada hubiera sucedido a lo largo de aquellas semanas, retomó la conversación que habían interrumpido tanto tiempo atrás, en torno a los últimos preparativos para su boda con Melir. Era el momento de comenzar a intentar olvidar aquel campamento y los monstruos que lo habían levantado, al propio profesor y las ojivas nucleares que acababan de enterrar.

Con el tiempo, se extendió la creencia de que la zona estaba maldita y la curiosidad fue dejando paso a la superstición. Sin duda, contribuyó bastante a ello que algunos fisgones enfermaran súbitamente al regresar de sus excursiones y muriesen entre horribles sufrimientos, nada raro después de que la putrefacción de los cadáveres acabara contaminando todo el perímetro. Pasadas varias generaciones, *Batin Daamame* o la “Comarca de los Demonios” no era más que un nombre del que nadie recordaba el origen, aunque se sabía que allí había tenido lugar una espantosa batalla. Al desaparecer el imperio elamita, la zona fue rebautizada por las sucesivas culturas que ocuparon el terreno y los cambios orográficos sucedidos a lo largo de casi 4.000 años se encargaron de imposibilitar su localización, aunque tampoco se conservan fuentes escritas que hagan referencia al emplazamiento ni a lo que allí sucedió.

Tú deseas un mundo transparente
para que la esperanza sea visible y cierta;
para que las risas ahoguen las heridas,
para que la soledad no nos alcance a todos...

Pues díles que dejen de matar.

Pídeles que busquen en el océano
el misterioso sonido de la libertad
y...espera en el rompeolas.

Día de la Paz

Curso 2003/2004

Carmen Membrilla Olea y sus alumnos del 4º A
España- Granada- Guadix

RÁFAGAS

Mirándote al espejo solo ves un camino de deseos inalcanzables. Deseos que se alejan de la realidad, que se reflejan en un paraíso de sueños infinitos...

Pero no deberías ignorar lo que sucede: La sombra ha apagado la luz y el dolor es un grito, es el miedo, es la destrucción, la soledad, el silencio.

Como si la luna estuviese herida de muerte; la guerra desierta, oscura y sombría no tiene final. Ellos navegan a la deriva, desafiando los límites del terror, adentrándose en los abismos imperfectos del vacío absoluto.

No corras o caerás en su oscuridad.

Tú deseas un mundo transparente para que la esperanza sea visible y cierta; para que las risas ahoguen las heridas, para que la soledad no nos alcance a todos...Pues díles que dejen de matar. Pídeles que busquen en el océano el misterioso sonido de la libertad y...espera en el rompeolas.

Se alejará el vacío. La brisa arrastrará las tristezas. Pasará el invierno...Y solo tú sabrás entonces cómo volver a encontrar el rumbo hacia los mil destellos perdidos.

Carmen Membrilla Olea en colaboración con sus alumnos de 4º ESO, en el IES Guadalentín. Pozo Alcón (Jaén). Día de la Paz. Curso 2003/2004. Lo leímos en un acto, a manera de manifiesto poético en contra de todas las guerras.

Baldito mastardo

by Bombi Charmer



Podría haber llegado del cielo, montando su flamígera montura. O nacido de la madre tierra, para salvar a los oprimidos y débiles de las crueles garras de la opresión generalizada.

Podría haber sido un apuesto y fornido atleta. O haber estado dotado de una mente brillante e imaginativa.

Pero no. Nada de eso. Tiburcio Carapollo era un joven con la mirada estrábica, capaz de controlar a toda su clase a la vez cuando el profesor debía ausentarse. No tenía barbi-lla, pero sí dos grandes mofletes que se juntaban en una suerte de morro cuyo soplo cerraba puertas a distancia. Y un pelo en punta tan duro que su madre, en vez de darle el bocadillo cuando salía de casa, se lo clavaba en la cabeza.

Poseía una rara elegancia hablando, pues confundía la b con la m de continuo. Pese a todo, nadie osaba reírse de él, pues su mirada hechizante era capaz de aterrorizar al más pintado. Sin padre reconocido ni reconocible, procedía del pueblo madrileño de Moraleja, desde donde su historia comienza.

He aquí que corría el año 1914 cuando Tibur, como era familiarmente conocido, cogió la mochila y marchó sin rumbo, dejando una nota a su madre en la que decía:

“Babá, moy a rreglar er bundo.”

–¡Jaaaaa, y sin dar de comer a las gallinas!

Con el consiguiente olvido, Tibur anduvo millas y millas siempre al norte, donde un amigo del cole le había dicho que la cosa estaba muy mal. Marchaba convencido de que, por fin, alguien arreglaría cuanto desaguizado se estuviera produciendo, cuando unos chicos se rieron de él por tener una oreja caída.

–¿Qué te pasó feo? ¿Tu padre falló con la colleja?

–¡Bposimle. Soy mastardo, balditos ibméciles.

Les miró con fijeza durante escasos segundos, adelantando el cuello unos treinta centímetros sobre el pecho, lo que hizo que los muchachos huyeran despavoridos. Así fue como empezó a forjarse la leyenda del Baldito mastardo, héroe legendario de la Europa de principios del siglo XX.

Cuenta la leyenda que Tibur se introdujo en los pirineos y que venció al frío mirándole de reojo. Éste no pudo rodearle, por lo que abandonó la senda por donde nuestro héroe se encaminaba. Así que llegó a una Francia en guerra, donde la gente observaba con expectación su gallardo caminar. Pasó por el medio del frente occidental muy cabreado, porque tenía un uñero de treinta centímetros en su pie izquierdo, tras haber caminado más de mil millas sin cortarse las uñas.

–¡Cagüenlá! Baldito uñero de bierda. Be lleva jodiendo desde que pasé las bontañas.

Según contaron testigos de la escena, aún traumatizados, deambuló con el cuello adelantado entre los ejércitos alemán y francés observando a ambos a la vez. Aquello produjo tal terror entre ellos que apenas se movieron las líneas el resto de la guerra.

Consciente de su poder, decidió convertirse en el primer superhéroe de la historia, adoptando el nombre que tanto había oído susurrar a su paso: “baldito mastardo”. Fueron muchas sus actuaciones valerosas, caminando y saltando bajo el fuego cruzado, en defensa de los desfavorecidos y agrandando su leyenda.

En París se solidarizó con algunos que pasaban hambre y decidió hacer una visita a Rajoyné, un mafioso que controlaba la entrada de suministros a la ciudad. El 2 de febrero de 1915 entró en su guarida armado con una tabla de planchar de dos metros.

–Mengo a por ti, Rajoyné. Has fallado a esta ciudad y te has enriquecido a costa de los

bas pomres.

–¡Un momento! Eso no es verdad.

–¿Cóbo que no?

–Es que no me consta. Fin de la cita.

–Be da igual. Les has fallado a todos.

–Noooo.

Baldito mastardo atacó con dureza, descargando la tabla de planchar sobre el mafioso, pero Rajoyné, que viajaba habitualmente en el tiempo, logró parapetarse tras un televisor de plasma.

–¿Esoquehé?

–Es del futuro y le llaman plasma.

–¿Plasba? Becagüenelplasba. Ningún plasba be ibpedirá hacer justicia.

Descargó con más fuerza el segundo golpe, partiendo la enorme tabla por la mitad. Rajoyné aprovechó la coyuntura para salir del escondite.

–Así está mejor. Necesitaba un recorte.

La furia de Tibur fue de tal magnitud que adelantó el cuello más de medio metro de golpe atemorizando al mafioso. Sus mofletes enrojecieron como un carabintero y escupió con los labios tal cantidad de saliva que atrapó al mafioso en ella.

–Por favor, Baldito mastardo. No me mates. Te daré dinero.

–Claro. Be darás todo tu dinero y la cobida que tienes. ¡Comarde!

Y fue así como lograron sobrevivir las pobres familias a la hambruna proveniente del cerco.

Cuenta la leyenda que se retiró triste a una cueva de las Montañas Rocosas, no pudiendo superar del todo la rotura de la tabla de planchar. Allí asusta a los pumas y se come las uñas de los pies para que no le duelan. Los originarios de la zona aseguran que aún, un siglo más tarde, se escucha lastimeramente un “cagüenlá” entre las rocas más altas, a las que nadie se atreve a acceder por miedo a las consecuencias. Se cuenta que un monstruo que te paraliza con la mirada se aloja en las más altas cumbres.

LA ERÓTICA DEL PODER

Rodolfo Cervigón



De repente le invadió una extraña sensación, mezcla de euforia casi incontenible y de lujuria mental. Se notó los nervios a flor de piel, los cabellos erizados a causa de la emoción, las lágrimas a punto de irrumpir como cataratas de sus brillantes ojos. Se tocó la mano izquierda con la derecha, y aprovechó aquel sutil movimiento para pellizcarse enérgicamente en el dorso, para convencerse a sí mismo de que no estaba soñando.

Repitió el pellizco varias veces, para convencerse de que no estaba soñando. Llegó a hacerse una herida con las uñas. Le gustaba el dolor. Ese dolor punzante, agudo, que se autoinflige uno mismo para demostrarse que está vivo. En el colegio se había hecho famoso porque no pestañeaba cuando se trataba de pincharse la yema del pulgar para sacar una gota de sangre, al objeto de observarla en el microscopio. Probablemente, la sangre de Sadorf Lansker había sido la más analizada al microscopio de toda la historia del elitista colegio de Mankerstein ob der Lingen.

Su entrepierna empezó a abultarse, imparable, juguetona, como no lo había desde varios años atrás. Estaba, sin duda, ante la manifestación más nítida de lo que algunos analistas denominaban “la erótica del poder”. En su caso, ese erotismo se estaba manifestando realmente, imparable, fogoso, ardiente y brutal. Llegó a temer por un momento que pudiera llegar a manchar los pantalones. Jamás, ni ante la mujer más hermosa del mundo, había tenido su cuerpo una reacción similar a la que estaba sufriendo en aquel momento. Se mordió los labios con fuerza, para contenerse, hasta sentir otro profundo dolor. Consiguió así, al menos, que su entrepierna dejara de ponerle nervioso.

Ladeó la cabeza, con un gesto de euforia mal contenida dibujado en el rostro. Allí estaba su fiel Maring, con el uniforme de gala, plagado de antiguas medallas, conteniendo a duras penas su grasienta naturaleza. Parecía que iba a reventar, el cerdo de Maring, y que sus medallas, al salir propulsadas por la explosión, iban a impactar contra sus compañeros de tribuna. Miró a su derecha y observó de reojo a Hiding, tan delgado, tan diferente a Maring, con su uniforme negro repleto de cartucheras y adornos de cuero perfectamente brillante, perfectamente negro. A Lansker siempre le costaba un triunfo que su ayuda de cámara mantuviera sus correaes negros más brillantes que los de Hiding, pero en esta ocasión lo había conseguido. Hiding le miraba a punto de reventar de envidia. El brillo de los correaes de Lansker, sus botas, su cinturón, y la visera de su gorra de plato, estaban tan brillantes este día, que si hubiera hecho sol, el brillo reflejado habría provocado la ceguera inmediata de los asistentes. Detrás de Maring y Hiding, todos los demás. Los de siempre. Los dueños de las empresas más potentes de Potosia, contemplando felices el triunfo absoluto de Lansker.

Todo era perfecto aquel día. La música, estridente y perfectamente coordinada, marcaba el paso marcial de los cincuenta mil soldados que iban llenando, desde primera hora de la mañana, el inmenso espacio de la Plaza de Noviembre. Desfilaban como un solo hombre, marcando el paso con la precisión absoluta que habían conseguido después de varios meses de entrenamiento. Al pasar por delante de la escalinata de trescientos peldaños sobre la que se habían situado Lansker y su séquito, miraban hacia la derecha y saludaban llevándose la mano a la frente con un chasquido, con un latigazo más bien, de su brazo derecho. Todo se estaba desarrollando a la perfección. Lansker estaba contento, muy contento, eufórico, excesivamente eufórico. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para calmarse, cuando el último soldado ocupó su puesto en la Plaza de Noviembre. Para distraerse, observó las colosales columnas de hormigón que el famoso archi-

tecto Calatravich había diseñado para cerrar por su lado norte la famosa Plaza, rematadas por un águila bicéfala de bronce de cincuenta y siete metros de altura. Las gigantes banderas de trescientos metros cuadrados que se repartían por los otros tres lados del recinto, ondeaban con una marcialidad comparable a la que habían desarrollado los soldados para colocarse.

Un solemne silencio se apoderó repentinamente de aquel lugar. Los altavoces de tres mil watios desperdigados por todas partes enmudecieron de repente. Había llegado el momento de la verdad. Todos esperaban entusiasmados las palabras de su líder, de su padre, de su Dios. Lansker saboreó sus propias palabras antes de pronunciarlas. Escuchó su propia voz, ampliada por la desmesurada potencia de los altavoces, y se sintió otra vez abrumado por el peso de la púrpura.

— Somos una gran nación. Nacimos casi sin equipaje, a raíz de la miseria que se propagó por el universo a partir de la crisis del 2008, pero nuestro esfuerzo, nuestro tesón, y nuestra poderosa industria, nos han llevado a convertirnos en una nación de referencia en el mundo. Necesitamos crecer, desarrollarnos, limpiar nuestra tierra de todo aquel que no pertenezca a la pura raza laria. Dios nos ha encomendado una gloriosa tarea: la de enseñarle al mundo el camino de la verdad, de la pureza de espíritu, del valor del trabajo y la dedicación personal a una causa justa. Estamos comprometidos con Dios en esta tarea, y tenemos que cumplirla aunque para ello tengamos que entregar nuestra propia vida. ¡Jair Lansker ¡!

Las cincuenta mil gargantas profirieron un solo ¡Jair ¡!, con tanta pasión y fuerza, que retemblaron los cimientos de la tribuna sobre la que se mantenían Lansker y su gobierno. Lansker pasó la lengua por sus labios, sintiendo de nuevo el sabor de la victoria absoluta. Después siguió hablando.

— Ser lario es un privilegio. Un regalo directo de Dios. La capacidad reproductora de nuestras mujeres se ha convertido en paradigma natal del mundo civilizado. Es preciso que le demostremos al mundo que nuestra tierra se ha quedado pequeña para tanto lario. Potosia debe crecer en proporción a su índice de natalidad. Nuestras fronteras limitan ridículamente el terreno sobre el que movernos, y la culpa de eso la tienen los gobiernos que nos rodean, títeres inmundos de la cobardía impuesta por los dirigentes de la revolución del 2020. Esos gobiernos no se dan cuenta de que necesitamos crecer, de que nuestro espacio vital es exiguo, de que nuestra legitimidad expansionista nos da dere-

cho a ampliar nuestro territorio de una manera inmediata, si no queremos morir por amontonamiento de unos sobre otros. Tenemos dos metas, impuestas por Dios. Una, la de crecer. Otra, la de eliminar cualquier elemento interior a nuestras fronteras que impida el normal crecimiento de nuestra sagrada raza laria. ¡Jair Lansker!

El segundo ¡Jair!! proferido por los cincuenta mil resonó en el cielo con más fuerza si cabe que el anterior. Lansker estaba a punto de sufrir un colapso de placer. Todo un país rendido a su pies. Algo que no hubiera sido capaz de imaginar apenas cuatro años antes, cuando se metió en política aconsejado por el profesor de ética política de la Universidad de Mankisten que le había acogido bajo su ala como a un polluelo desvalido. Un profesor del que tuvo que desprenderse Lanski cuando empezó a adoptar actitudes que chocaban frontalmente con la filosofía de las enseñanzas del otro. Lansker recordó la partida de su amado profesor, desde la estación central de Nuborg hacia un destino desconocido. Después siguió hablando.

— Nuestro desarrollo como nación nos exige ampliar nuestras fronteras. Para ello, no nos queda más remedio que invadir Fanosia, nuestro país vecino. Las tropas serán movilizadas mañana mismo para llevar a cabo tan gloriosa misión.

— ¿Cómo dice usted?

La voz surgió de la primera fila del ejército que formaba frente a la tribuna. Rompiendo la formación, un soldado de color se adelantó unos metros, con el fusil al hombro, pero sin marcar el paso. A Lansker le costó distinguirlo a causa de la distancia que le separaba de él. El soldado siguió hablando mientras señalaba la tribuna con la mano izquierda.

— ¿Qué vamos a invadir Fanosia? Anda ya. Que te den por culo. Yo no voy.

Lansker no podía asimilar lo que estaba escuchando. Su boca se quedó abierta, con el labio inferior medio colgando. Se rehízo rápidamente, mientras el soldado arrojaba al suelo el mosquetón y volvía de nuevo a su lugar en el pelotón correspondiente.

— Fusilen inmediatamente a ese hombre. La primera fila, colóquenlo delante de la tribuna, y fusílenlo.

De la primera fila surgieron, como un solo hombre, siete hombres dirigidos por uno de ellos, que tenía un par de galones más que los otros. Agarraron del brazo al hombre de color, y le colocaron frente a la tribuna. El hombre de color se reía. No trató de huir. Se

mantenía de pie, con las manos en los bolsillos, mirando alternativamente a los hombres que le iban a fusilar, y a la tribuna. Lansker se erigió por iniciativa propia en director del pelotón de ejecución.

— Preparados...Aaaaaapunten... ¡!!Fuego!!!.

Los siete soldados, incluido el de los galones de más, miraron hacia la tribuna empezaron a descojonarse de risa. Uno de ellos, un ecuatoriano, se adelantó un poco y se dirigió hacia el consternado Lansker.

— Pero vamos a ver, hermano. ¿De verdad te estás pensando que nos vamos a cargar al “Pachá”? No me jodas, hermano. ¿No sabes que no hay otro que baile Hip Hop como el? Sería un crimen, hermano, te lo digo de veras.

El de los tres galones se adelantó también a la tribuna, y señaló poniendo los dedos de forma rara.

— ¿Qué coño es eso de la pura raza laria, hermano? Aquí somos todos de Ecuador, de Marruecos, de Venezuela, de Brasil, de la India, de Camerún, de Perú, de Tailandia, de Camboya y de China, pero lario... Yo no conozco a ningún lario, amigo. Al menos en mi destacamento.

Lansker estaba empezando a ponerse verde. Miraba a uno y otro lado, y nadie parecía poder darle una explicación a lo que estaba ocurriendo. El de los galones siguió hablando.

— ¿Y qué querías decir con eso de que hay que eliminar a cualquier elemento interior a nuestras fronteras que impida el crecimiento normal de nuestra pura raza laria? Hay, amigo, eso me huele muy malito.

Lansker alzó los brazos y vociferó como nunca lo había hecho. Sus ojos brillaban a causa del odio que le estaba embargando.

— ¿Es que no hay ningún lario en mi ejército?

De un destacamento situado a la derecha surgió un hombre pequeño, de tez morena, con bigote. Se situó rápidamente en el centro.

— Yo soy lario, su eminencia. Y todo mi destacamento, también. ¡!!Jair Lansker!!!.

Lansker respiró tranquilo.

— Menos mal. Por favor, haz que tus hombres rodeen a esta muestra de la escoria de la raza humana, y que los fusilen de inmediato. A ver si acabamos de una vez con esta tontería, que se está haciendo tarde.

— Es que...Veréis, majestad... No va a ser tan fácil. Lo de desfilarse así, con el paso de la oca y los mosquetones al hombro, pues está bien, es muy bonito y agradable, y además, el que más y el que menos, pues hace un poco de ejercicio, que siempre viene bien. Pero de ahí a fusilar a nuestros compañeros... Eso es muy fuerte, eminencia, tiene usted que comprenderlo. Como lo de invadir Fanosía. Eso es una salvajada. La mayoría de los habitantes de Potosía pasamos los fines de semana a Fanosía a comprar tabaco, licores y chocolate, o a ligar con sus mujeres, que son más altas que las nuestras, aunque no tan fértiles. ¿Cómo vamos a invadirles ahora? ¿Con qué cara? Imagínese la escena. “Hola, Virgil. No, no me des la botellita de Calvados de todas las semanas. Es que vengo a invadirte”. Un poco surrealista, ¿no le parece, don sultán?. Además, lo de la pura raza laría... Vamos a ver. Yo estoy casado con una pakistaní, y mi hermano con una francesa. Va a resultar un poco difícil conseguir eso de la pureza, a menos que nos elimine a todos y empecemos otra vez. Mejor lo dejamos, si le parece.

— Sí -dijo el hombre de color que había empezado con esto-. Mejor lo dejamos. Yo ya me he cansado de jugar a soldaditos. Me piro. En la feria que hay al otro lado de la ciudad han puesto una pista de baile con luces de colores. Yo me piro, chicos.

Poco a poco, sin ninguna marcialidad, los cincuenta mil soldados fueron abandonando la plaza, entre murmullos de desaprobación, silbidos, cantinelas y chascarrillos. Los cincuenta mil mosquetones alfombraron el asfalto con un silencio desgarrador. Lansker se volvió a sus colaboradores, Hiding y Maring, con una infinita tristeza reflejada en el rostro.

— ¿Y ahora que hacemos? Me habéis engañado miserablemente, como a un chino. Me dijisteis que me iba a resultar muy fácil, con mi sagrado carisma, hacerme con las riendas de una nación como la nuestra.

Maring se encogió de hombros.

— Las condiciones eran las ideales, gran Lansker. Mediocridad económica, paro, y alguien a quien echarle la culpa de nuestras desgracias. Ese ha sido siempre el caldo de cultivo perfecto para manejar a las masas. La verdad es que no lo entiendo.

Hiding habló con su voz profunda de guardián carcelario.

— Ya no existen las masas. Si quieres dominarlos, ofréceles un concurso de baile, y dominarás a una parte. Ofréceles fútbol, y dominarás a otra, pero no podrás dominar a todos los grupos al mismo tiempo. No será porque no os lo dije. Venga, vámonos para casa, que empieza a hacer frío, y mañana tenemos que volver a currar.

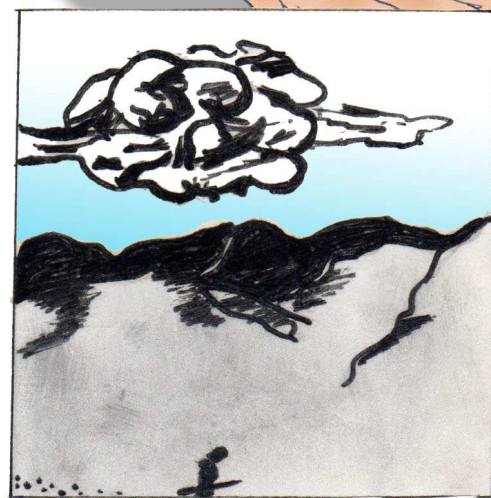
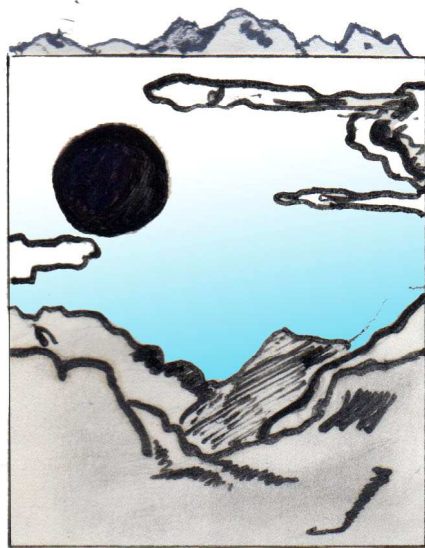
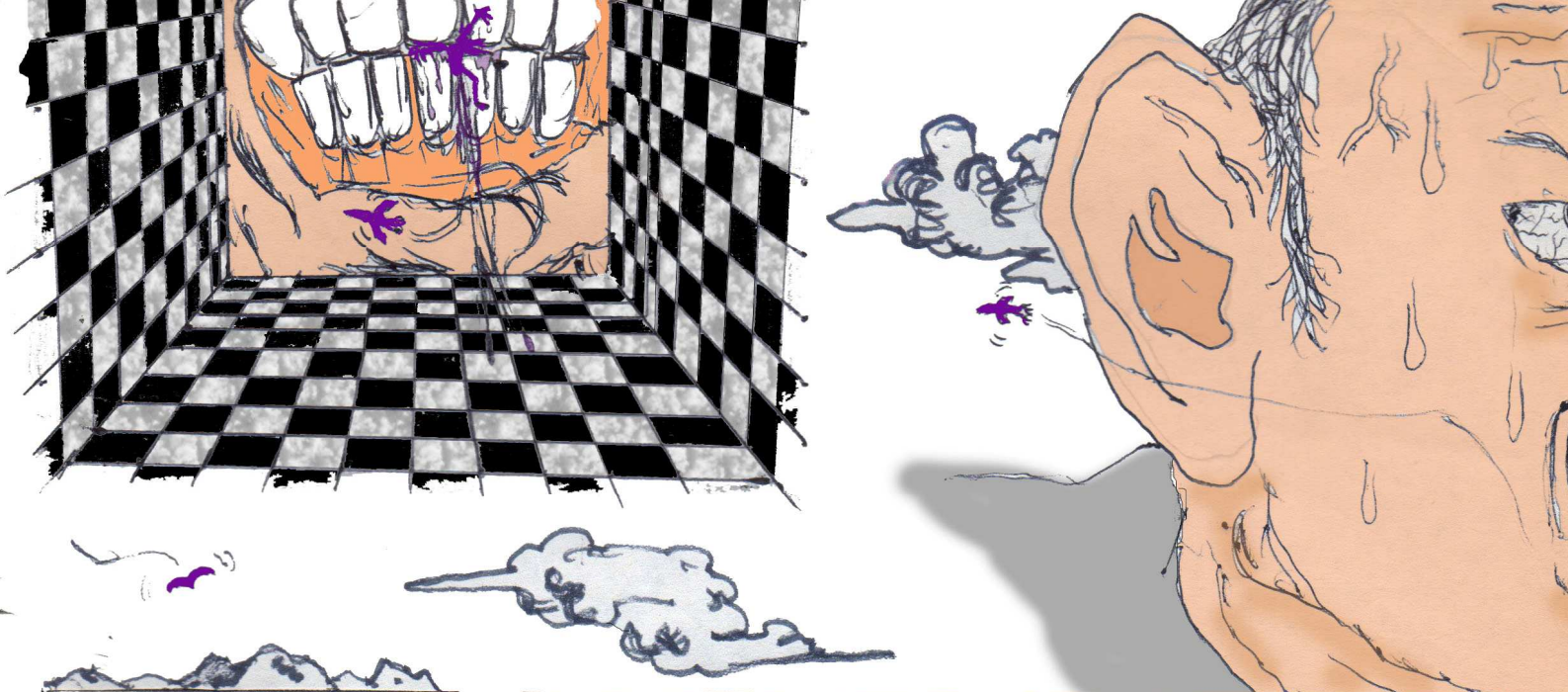
Lansker, Hiding, Maring, y todos los demás, comenzaron a bajar los trescientos peldaños de la escalinata. Lo hacían en silencio, con la cabeza gacha, ensimismados en sus pensamientos, y rumiando desconsolados la rutina que creían haber dejado atrás. Para colmo, y como una burla del destino, comenzó a llover.



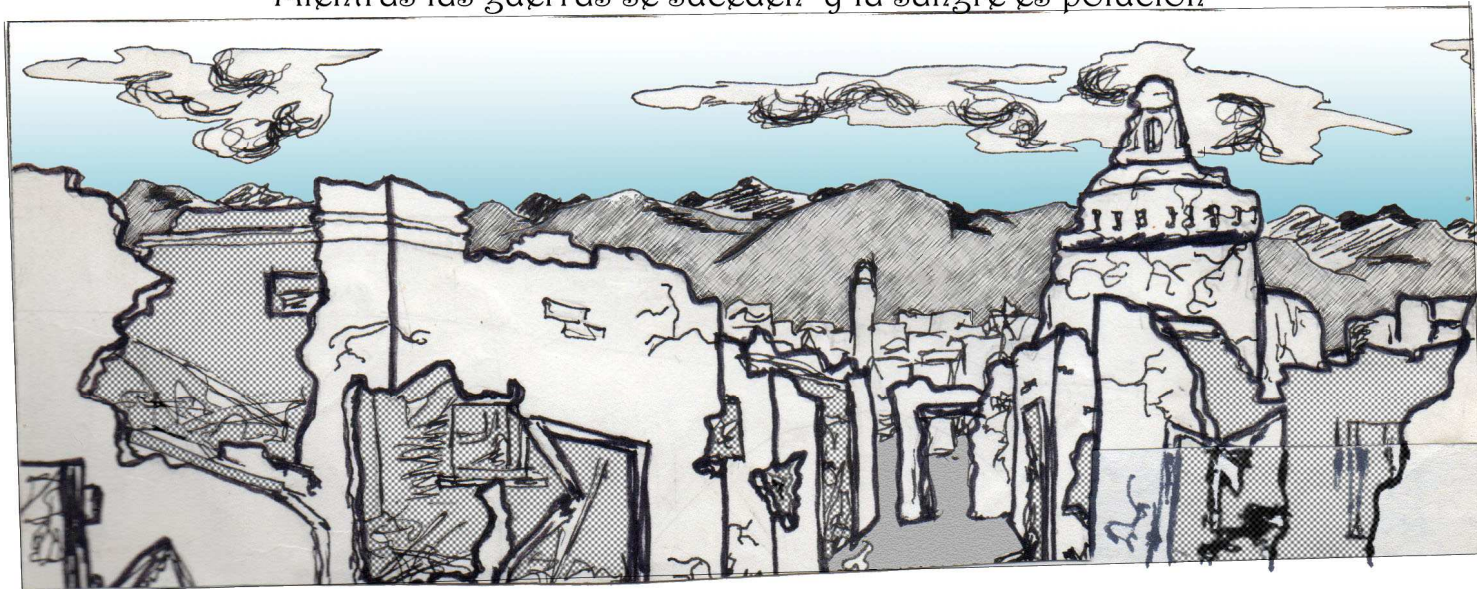
DUERME,
DUERME
TRANQUILO...

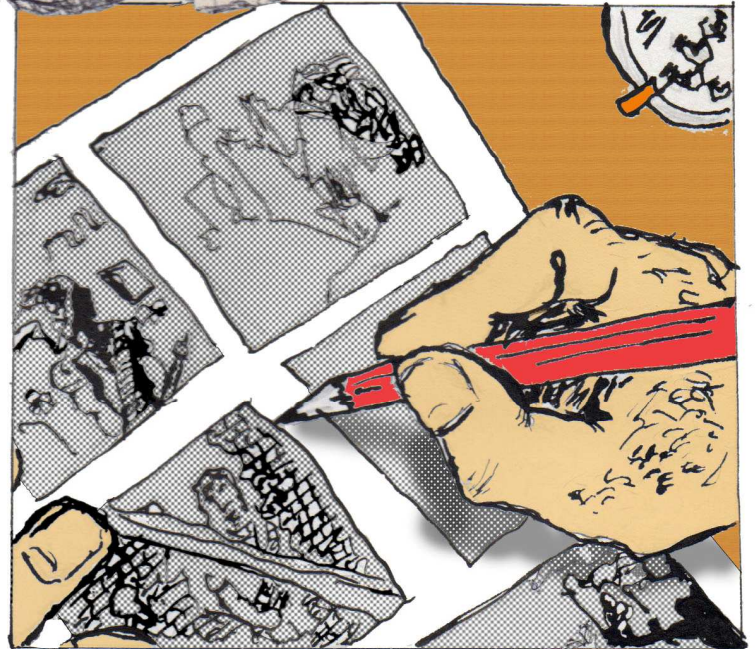
Bombi & Charlie

Aunque el mañana ahora
dependa de un hilo,
duerme, no te preocupes
y no te asustes
si se acaba tu camino...



Mientras los hombres se destruyen sin ninguna compasión
Mientras las guerras se suceden y la sangre es polución





Algo se nos viene encima
Un manto negro, una cortina
Es algo creado por nosotros
una entrada sin salida...





Duerme, duerme tranquilo
Aunque el mañana ahora
dependa de un hilo

Duerme, no te preocupes y no te asustes si se acaba tu camino...

el CRUCIGRAMA de Kopón de Oro

1													
2													
3													
4													
5													
6													
7													
8													
9													
10													
11													
12													

HORIZONTALES: 1. Autor de *Johnny cogió su fusil*. 2. ~ *now*, película de Coppola. Nobel. 3. Seis. Vocal. Desierto de dunas. Transtorno disfórico interictal, síndrome depresivo que presentan algunos epilépticos. 4. Uno. Drama bélico de Akira Kurosawa. Al revés, observabas. 5. Servicio de radiodifusión de Alemania. Editora del cómic-book bélico *Frontline combat*. Al revés, ~ Carvallo, comandante en la guerra civil chilena (1891). 6. *Famous ~ words* (1981), novela bélica de Timothy Findley. Guerra entre el Imperio británico y los *afrikaners*, a finales del siglo XIX. Al revés, proteína derramada abundantemente en los períodos bélicos. 7. Periodo histórico. *Game for ~* (1976), novela bélica de Michael Hartmann, adaptada al cine en 1979. 8. Harto. Nota. Arthur. 9. Al revés, cada uno de los niveles de la escalera. Batalla más importante de la Guerra Civil española (julio-noviembre de 1938). 10. Consonante. Al revés, hace violines. Preposición. 11. Que permite agarrarla. Mineral terroso férrico utilizado como pigmento. 12. Autor de *Adiós a las armas* y *Por quién doblan las campanas*. Vocal.

VERTICALES: 1. Director de *El puente sobre el Río Kwai*. Voz habitual en las trincheras. 2. Area de planeamiento integrado. Película bélica (2011) de Steven Spielberg. 3. Pronombre. Consonante. Al revés, complicas. Al revés, pronombre. 4. Al revés, ley británica de 1773 que originó el motín del té, antecedente de la Guerra de Secesión. Autor del cómic *La guerra de las trincheras*. 5. Planeta de los Guardianes del Universo (DC comics). No contesta. Griten. 6. Al revés, guerrilla colombiana. ¡Ay, qué miedo!. Al revés, pintor cubista. 7. Dios de la guerra en la mitología nórdica. Al revés, batalla en la que Stendhal ambienta *La cartuja de Parma*. 8. Lanzacohe-tes antitanque soviético. Vocal. Otra. 9. País que ha desatado más conflictos internacionales desde 1898. Al revés, dibujante del *TBO*.

Primer álbum de la serie de cómic sobre la Guerra Civil de Antonio Hernández Palacios. 10. Escenario de la guerra entre griegos y persas en el siglo V a.C. Al revés, establecimiento común en España (según Coca-Cola el verano pasado, uno por cada 132 habitantes). Cien. 11. Consonante. Casa con cuchillos de palo. 12. Director de *Platoon*.

*(Las soluciones, en el próximo número)

Solución al Crucigrama del último número:

1	F	R	A	N	K	E	N	S	T	E	I	N
2	R	U	R		I	G	N	I	F	E	R	O
3	A	L	I	E	N		U	S	A	R	A	S
4	N	F	L		G	Y	U	M	R	I		F
5	Z	O	E	L		O		O	C	E	L	E
6	K		D		E	V	A		E		A	R
7	A	S		P	R		I	I	V	C		A
8	F	A	R	R	O	W		N	O	U	A	T
9	K	R	U	E	G	E	R		L	E		U
10	A	D	E	S		B	E	E		R	E	
11		S	O	T	N	E	I	M	I	V	O	M
12	L	I	C	A	N	T	R	O	P	O	S	